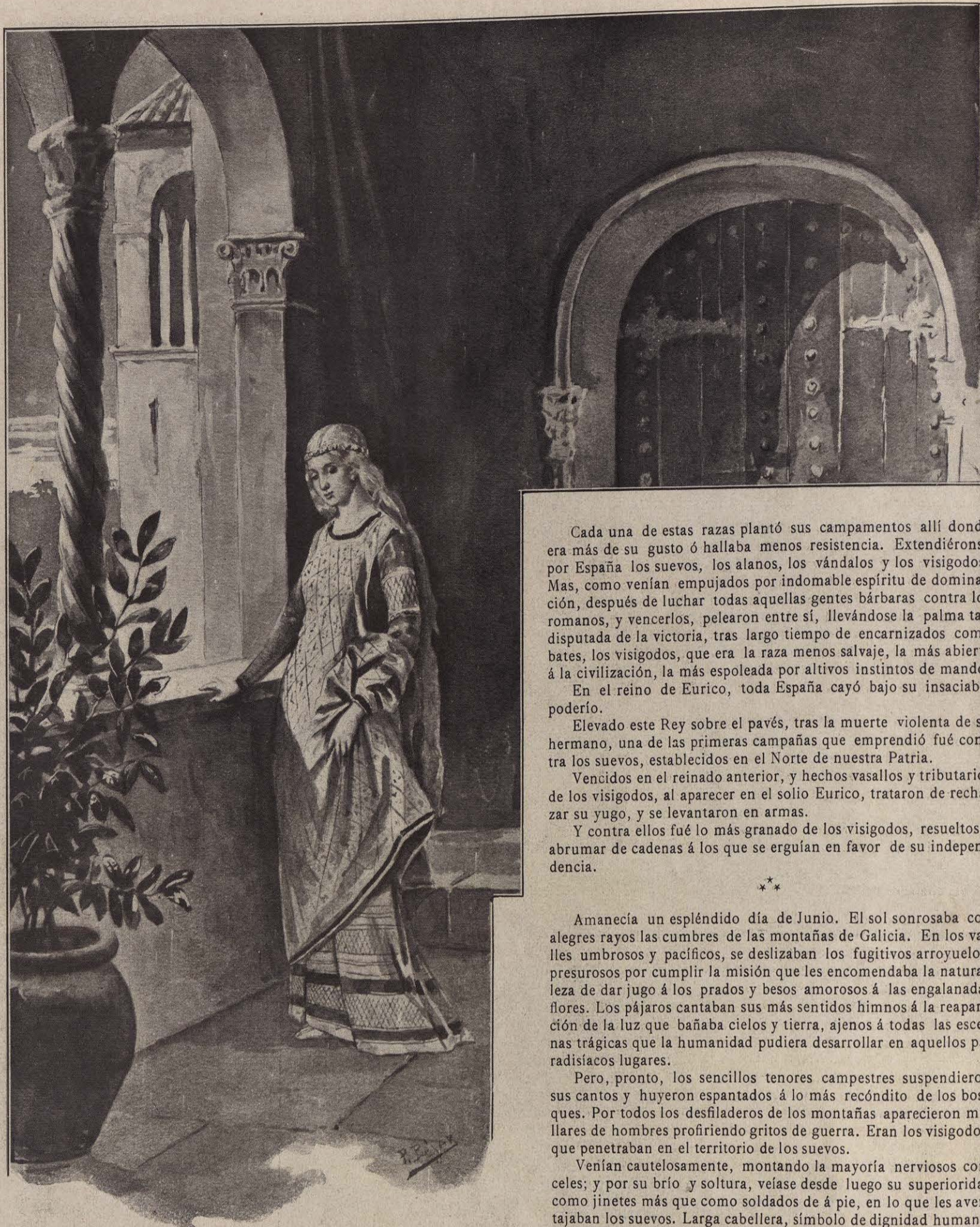


M. OLIVER AZNAR



OPOSICIONES Á SOCHANTRE



EL LAZO DE SEDA

Os voy á referir, amigos míos, un cuento de amor. Remóntase á los tiempos viejos, al siglo quinto, nada menos, de nuestra era, en la época gótica... Pero no frunzáis las cejas. No os revolveréis entre el polvo húmedo de los apergamínados cronicones. No os pasearé sobre los ruinosos sepulcros donde yacen los restos de mortales que vivieron en edades pasadas... Yo he recogido en el vetusto cementerio de nuestra vasta historia una flor delicada, siempre fresca y lozana: ¡la flor del amor!... Y ya sabéis. Para esta especie de flores, no clasificada por los botánicos, existe en todas partes una perpetua primavera.

Cuando el dilatado imperio romano estaba en la agonía, se arrojaron sobre sus inmensos dominios varias razas, intrépidas y vigorosas, que, procedentes de las selvas septentrionales, cayeron sobre las vastas provincias latinas como incontrastables avalanchas, arrollando y devastando todo cuanto encontraban á su paso.

Cada una de estas razas plantó sus campamentos allí donde era más de su gusto ó hallaba menos resistencia. Extendiéronse por España los suevos, los alanos, los vándalos y los visigodos. Mas, como venían empujados por indomable espíritu de dominación, después de luchar todas aquellas gentes bárbaras contra los romanos, y vencerlos, pelearon entre sí, llevándose la palma tan disputada de la victoria, tras largo tiempo de encarnizados combates, los visigodos, que era la raza menos salvaje, la más abierta á la civilización, la más espolada por altivos instintos de mando.

En el reino de Eurico, toda España cayó bajo su insaciable poderío.

Elevado este Rey sobre el pavés, tras la muerte violenta de su hermano, una de las primeras campañas que emprendió fué contra los suevos, establecidos en el Norte de nuestra Patria.

Vencidos en el reinado anterior, y hechos vasallos y tributarios de los visigodos, al aparecer en el solio Eurico, trataron de rechazar su yugo, y se levantaron en armas.

Y contra ellos fué lo más granado de los visigodos, resueltos á abrumar de cadenas á los que se erguían en favor de su independencia.

Amanecía un espléndido día de Junio. El sol sonrosaba con alegres rayos las cumbres de las montañas de Galicia. En los valles umbrosos y pacíficos, se deslizaban los fugitivos arroyuelos, presurosos por cumplir la misión que les encomendaba la naturaleza de dar jugo á los prados y besos amorosos á las engalanadas flores. Los pájaros cantaban sus más sentidos himnos á la reaparición de la luz que bañaba cielos y tierra, ajenos á todas las escenas trágicas que la humanidad pudiera desarrollar en aquellos paradisíacos lugares.

Pero, pronto, los sencillos tenores campestres suspendieron sus cantos y huyeron espantados á lo más recóndito de los bosques. Por todos los desfiladeros de los montañas aparecieron millares de hombres profiriendo gritos de guerra. Eran los visigodos, que penetraban en el territorio de los suevos.

Venían cautelosamente, montando la mayoría nerviosos corceles; y por su brío y soltura, veíase desde luego su superioridad como jinetes más que como soldados de á pie, en lo que les aventajaban los suevos. Larga cabellera, símbolo de dignidad humana, pues á los siervos no les era permitido usarla, cubría su cabeza y pendía por sus hombros y espalda. Llevaban sayo de lana ó piel y gran calzón forrado. Marchaban ordenadamente, por fracciones de decuriones, centenarios y milenarios; y entre sus armas ofensivas se contaban el dardo, la flecha, la pica, el puñal, la larga y ancha espada de dos filos, yendo protegidos por el casco, el arnés de cuero, la cota de hierro y el escudo.

No bien habían aparecido ante las montañas de Galicia, que, como avanzadas naturales, se erguían ante el empuje de aquellos revoltosos invasores, cuando se vieron coronadas las cumbres por nutridas tropas de suevos. Y apenas estuvieron á tiro, unos y otros empezaron á pelear arduamente. El valor parecía patrimonio de ambos bandos. A cada momento registrábase un hecho heroico. Luchaban los suevos con denuevo, disputando con desesperación el terreno que constituía su dominio. Pero la sabia táctica de los godos, aprendida de los romanos, y su energía inquebrantable, virtud innata en sus pechos, no conocían obstáculo alguno. La batalla, indecisa á veces, quedó resuelta al finalizar la tarde á favor de los godos. El rey de los suevos cayó prisionero, y toda su nación se entregó como sierva á su rival afortunada.

Y cuando el sol iba á acostarse por el ocaso en su lecho de púrpura y oro, ya en los campos, turbados durante el día por los gritos de guerra, dejáronse oír los cantos de los pajarillos que se despendían amorosamente de su gran amada, la Naturaleza, eternamente bella y grandiosa.

Ya era media noche, y los campamentos de los godos y suevos yacían en silencio. El soldado, fatigado de la dura pelea, dormía profundamente. La luna extendía por la tierra su luz de plata, tan impregnada de infinita calma. Sólo en una mansión, en un castillo que había servido de fortaleza, el sueño había huido de los ojos de sus moradores.

Aquel castillo era la vivienda dichosa de la princesa Albilda. Vivenda dichosa, sí, por encerrar, como un estuche una alhaja, á un sér tan hechicero como aquella noble joven sueva. Recluida por su padre en aquel lugar seguro, pasaba los floridos años de su dulce é inocente existencia entre las deliciosas lecturas de los poetas de su predilección y las músicas y danzas encantadoras de sus alegres y respetuosas esclavas. Sorprendida por el fulgor de la batalla de aquel día, tan infausto para la libertad de su nueva patria, habíase refugiado en el más recóndito camarín de su mansión de piedra, azorada y anhelante, como avecilla perseguida por incansable y certero cazador. Es cierto que tenía para su defensa aguerridos soldados suevos. Pero... de nada le habían valido. Aquel pacífico retiro, desde donde habían volado tantas veces sus sueños, ante el espectáculo mágico que la ofrecían los valles circundantes, hacia las regiones vaporosas donde flotan las quimeras virginales, había sido conquistada también por los godos vencedores, y ella misma se hallaba ahora, como el último de sus esclavos, tristemente prisionera.

Mas ¡oh, poder de la hermosura! A sus pies se arrodillaba, sumiso, y como encadenado por arte misterioso, su vencedor. ¿Quién había logrado esa fortuna incomparable. Leovardo, el gallardo y apuesto hijo de uno de los generales godos. Y era un caso admirable contemplar, á la dudosa luz de los candiles romanos, de estilo pompeyano, alimentados con óleos olorosos, á un guerrero joven, impetuoso, de rostro varonil, de músculos de acero, rebotante de ferezas bélicas, postrado ante una doncella tímida, astutada, llorosa, sin más defensa que su propia hechicera debilidad. Sin duda, era una escena parecida á la de un león adorando á una rosa.

—¡Albilda! —decía Leovardo, poniendo en sus frases el tono más halagador que podía salir de su garganta. —¡Albilda! ¡divina Albilda! Enjugu esas lágrimas. Expulsa de tu candoroso seno todo temor. Mi raza, aunque nacida para las rudas faenas de la guerra, rinde sin embargo un ardoroso culto á la mujer. á la belleza, toda amor y delicadeza. Cierto es que Albilda es prisionera de Leovardo; pero Leovardo es prisionero también de Albilda. El guerrero ha vencido en las lides crueles; la princesa ha triunfado en los combates de la ternura. Dígnese, Albilda, perdonar á Leovardo su victoria, que no será completa sin el premio del amor de Albilda.

La princesa permanecía en silencio, sus bellos ojos azules, cuajados de lágrimas. Su rubia cabellera, desmelenada, caíale á lo largo de su esbelto cuerpo como un manto de dorada luz. Hallábase sentada en silla redonda de brazos, sobre cojines orientales. Y la blanca túnica que la vestía, ceñida por la cintura con franja de tisú adamascado, velaba pudorosamente sus graciosas formas, aunque no tanto que no se dejaran adivinar bajo la tela contornos encantadores, de estatua gratísima, como trazados por un cincel guiado por el Amor é inspirado por Venus.

Ante las tiernas y apasionadas instancias de Leovardo, Albilda dejó por fin oír su voz incomparable, parecida por su tristeza y suavidad á arrullo de tórtola herida.

—No se pasa fácilmente, Leovardo, —dijo, —del dolor de perder una patria al placer de ganar un amante. Mal armonizan los sollozos de un funeral con los himnos de un himeneo. Si esa llama de amor, que tan de repente ha prendido en su pecho, admite una tregua, por breve que sea, en sus ardores, yo le suplico que me permita un respiro de libertad. Podrán conquistarse territorios por la fuerza, pero los corazones sólo se conquistan por el cariño.

—Se cumplirá su deseo, Albilda, —dijo Leovardo, levantándose, y retirándose con la respetuosa galantería de un cortesano que se despierte de su soberana.

Después de esta escena, transcurrieron varios años, durante los que la crónica de las almas sólo registró contados sucesos. Albilda, como el pájaro á quien le abren la puerta de la jaula, aprovechando la libertad concedida por Leovardo, escapó burlando al apasionado guerrero. ¿Quién sabe á dónde va la volátil nube? ¿Quién puede adivinar á dónde se perderá el per-



fume que se exhala de una flor? ¿Quién fijará el límite donde termina, se deshace y se convierte en espuma, una ola? Eso sucedió con Albilda. Huyó, huyó de Leovardo, como huye una ilusión adorada, dejando sólo ráfagas de luz melancólica en los ojos y ansiedades desesperadas en el corazón.

Leovardo pasea por las amplias galerías del palacio real de Toledo, capital de la vasta monarquía goda. Aún viste el traje marcial, bajo el que palpita un corazón henchido de ambiciones de gloria. Pero, ahora, ese corazón riguroso, cuando late es por otros impulsos. Sus suspiros, como de débil infante, se atropellan en su garganta. Su mirada apenas se fija en objeto alguno, sino que flota vagamente, como atenta sólo á una visión interior. ¡No hay remedio para él! Estaba perdidamente enamorado de Albilda, y Albilda ha desaparecido de la realidad como un sueño.

La corte de Toledo está siempre de fiesta. Sus estancias se miran decoradas con todo el lujo bizantino, que han copiado los godos, vencedores, de los romanos decadentes, vencidos. Beldades egregias amenizan y encantan con su hechicera presencia la morada del monarca. ¡Todo en vano!

José DE SILES

(Concluirá).